

Máximo Hernández

22/07/1999 – 18/07/2000

Un año, así mirado,
como quien mira un río o unos ojos
o la vida que queda en una alfombra,
tan sólo puede ser el largo testimonio de las horas
o ese sobre sorpresa que siempre está vacío.

Un año puede ser una mirada
profunda y generosa con el mundo,
visión iluminada de ser hombre
y celebrarlo al sol y al aire de una tierra
que nos funda y en luz se nos entrega,
y la revelación de una palabra
que nos ara, nos siembra y nos cosecha.

Un año puede ser la desnudez,
la transparente desnudez que escucha
como suena la nada en el desierto
mientras tensa la cuerda del vacío
que sujetan vecindad y distancia,
hasta que al fin acude la palabra,
nos da su territorio y nos conquista.

Un año puede ser una hecatombe,
la anquilosada lengua de cien siglos
que llegarán callados y vacíos
como huesos de lluvia o mariposa.
De sed la mano, entonces, hecha cuenco,
indagará tan sólo dónde cae
la gota que de tiempo inunda el mundo.

Un año, así mirado, tan sólo puede ser
ceguera e intemperie.

